

superando el **DUELO**

CÓMO AFRONTARLO

Claudio de Castro



**BEST
SELLER**

Cuando perdemos Un ser Querido

Claudio de Castro

Copyright © 2015
Grupo Editorial Vida
E-mail: edicionesanab@gmail.com
Libros que cambian vidas

Primera edición: junio 2015

Índice

VENGAN YA...

¿QUÉ QUIERES DE MÍ, SEÑOR?

¿POR QUÉ A MÍ?

EL SUFRIMIENTO

¿HAY ALGO MÁS?

LA MIRADA DEL CIELO

MANTENTE OCUPADO

REZA

¿QUÉ SOMOS?

LOS LETREROS

EN EL SAGRARIO

DIOS ESPERA MUCHO DE TI

EL TESORO

¿POR QUÉ TEMER?

EL ENTIERRO

MI DISGUSTO CON DIOS

UNA PEQUEÑA ORACIÓN

EL CIELO

CERTEZA DEL CIELO

LOS NIÑOS SON PARA JUGAR

DIOS ES BUENO

¿QUÉ TE INQUIETA?

LA ENTREVISTA

REFLEXIONES

LAS PALABRAS IMPORTANTES

LA MIRADA DE JESÚS

LOS PLANES DE DIOS

¿POR QUÉ SUFRIMOS?

UN ENCUENTRO CON DIOS

LA PAZ DE DIOS

¿QUÉ DEBO HACER?

¿HASTA CUÁNDO?

EN LA CRUZ

MI PAPÁ

EL DÍA QUE MURIÓ MI PAPÁ

ES HORA
SÓLO DIOS BASTA
LO QUE APRENDÍ
POR QUÉ ESTE LIBRO
EL AUTOR
UN ESCRITOR CATÓLICO

VENGAN YA...

Hace dos días estaba con mi esposa Vida en casa, viendo una película y me llegó un mensaje urgente al celular: “¡Vengan ya!” Fuimos lo más rápido posible al hospital y llegamos a tiempo para acompañar un ser querido en su paso a la vida eterna.

He quedado impresionado.

Cuánta paz, serenidad, cuánta presencia de Dios en aquella habitación.

Ella no se preparó para morir, sino para ir al cielo.

Su muerte fue un encuentro con un Dios bueno y Misericordioso.

Tenía la certeza del cielo y así nos lo hizo saber.

No puedo creer que estoy escribiendo esto. Me parece un sueño. Ante este dolor me repito: “Creo, Señor, yo creo”.

Estando en el hospital me decía:
“Dios es bueno... Dios es bueno”.

Era un momento muy duro en el que se prueba nuestra fe. Veo el sufrimiento de los demás a mi alrededor, sus lágrimas, su incredulidad.
¿Esto realmente está sucediendo? ¡Dios mío! ¿Cómo es posible? ¿Cómo comprender humanamente este dolor? No hay forma. Sólo la fe nos puede consolar y acompañar.

.....

He pasado repitiendo esta bellísima oración:

“Nada te turbe,
nada te espante,
todo se pasa,
Dios no se muda,
la paciencia todo lo alcanza,
sólo Dios basta”.

También me digo a cada instante

“Dios es bueno”.

Los consuelos celestiales no tardan en llegar. Y te das cuenta de lo efímera que es la vida, lo absurdo de la vanidad.

.....

He venido a la Biblioteca, mi lugar favorito de aislamiento para escribir. En este silencio puedo pensar y reflexionar a gusto.

Antes, pasé a una capilla cercana, para ver a Jesús. Allí me quedo con Él y le cuento mis inquietudes y aflicciones.

Hoy, pensando en lo que había ocurrido, volví a repetir en su presencia:

“Dios es bueno. Dios es bueno”.

He recordado que nuestras vidas están en las manos de Dios, un Dios amoroso y bueno, tierno y justo.

Él ha llenado de mi vida con la esperanza de un cielo prometido y una maravillosa eternidad a su lado.

.....

Si tienes este libro en tus manos, seguramente atraviesas una situación similar, o más dolorosa.

Quiero abrazarte con mis palabras, decirte que lo siento, que tu dolor es mi dolor, porque como tú; también sufro.

Permíteme acompañarte unos días, quiero confortarte. Iremos juntos por el camino de Dios, el más seguro, un camino lleno de certezas, de serenidad y paz interior.

Cuando terminemos este bello recorrido, tal vez, sólo tal vez, el buen Dios se apiade de nosotros, de ti, de mí, de la humanidad que sufre y nos restaure la paz.

El autor.

¿QUÉ QUIERES DE MÍ, SEÑOR?

De pronto una enfermedad nos arranca un ser querido y nos deja desolados, inquietos, sin entender nada. ¿Por qué ocurren estas cosas?

Hace unos meses me encontré con una señora que sufría mucho la pérdida de una persona amada. Molesta me preguntaba: “¿Dónde estaba Dios cuando ella sufría?”

No es la única. En ocasiones me ocurre y esta pregunta me la hacen una y otra vez. No tengo la respuesta. Soy sólo una persona, con inquietudes como tú.

Sé que en el cielo, cuando veamos la plenitud de las cosas podremos comprender. Acá somos tan limitados.

Imagina un vaso pequeño con el que quieres tomar el océano infinito. Jamás podrás.

Dios es ese océano, infinito, eterno. Él ve el tiempo en términos de eternidad, y nos habla con su Amor, irradiándonos su gracia.

Hace años, me preguntaba por qué no podemos comprender estos misterios.

Parece que Dios nos lo da todo a cuenta gotas. ¿Por qué? Una noche tuve un sueño. Me vi de pronto en la presencia de Jesús. Cargaba en sus manos muchísimas naranjas maduras.

Me miró, sonrió y me las arrojó todas.

— ¡Atrápalas! — exclamó.

A ver esa cantidad de naranjas hice mi mejor esfuerzo pero sólo pude atrapar unas cuatro. Las demás rodaron por el piso.

Miré a Jesús apenado y se dio este diálogo:

— ¿Cuántas atrapaste Claudio?

—Muy pocas Señor. Sólo éstas— le dije y se las mostré. —El resto se perdieron. No pude con tantas Señor.

—Si fueran tres, ¿las habrías atrapado?

Asentí con la cabeza.

—Con mi gracia hago igual, la doy poco a poco, y sólo aquella que puedes contener,

para que ninguna se pierda y la puedas aprovechar.

¿POR QUÉ A MÍ?

Supé de este joven al que le detectaron una enfermedad mortal. Él la ofreció y nunca desesperó. Me contaron de un sacerdote amigo que lo visitó en sus últimos momentos y le preguntó: “¿Tienes miedo?”

El joven lo miró y sonrió como pudo:

— ¿Cómo tener miedo? Toda mi vida he querido ver a Dios cara a cara y por fin podré hacerlo”.

Momentos así me hace recordar estas hermosas palabras de san Alberto Hurtado:

“¿Qué sentido tiene la vida? ¿Para qué está el hombre en este mundo? Los distintos sistemas filosóficos ensayan respuestas pobres, frías, que dejan sin satisfacción el corazón humano. En cambio el cristianismo nos trae una respuesta tan consoladora.

*El hombre está en el mundo
porque alguien lo amó, Dios.
El hombre está en el mundo
para amar y para ser amado.*

Cada vez que leo estas palabras renuevo mis esperanzas. “El hombre está en el mundo para amar y para ser amado”.

Hay que llenar el mundo de Dios, porque Dios es amor. Que ese sea tu propósito, un motivo para vivir. No sólo ganarte el cielo, tan esperado, sino llevar contigo una multitud. Que tu ejemplo las mueva.

Debes tener presencia de Dios para llevar a Dios a los demás.

Debes llenarte de Dios.

Debes amar y recuperar la paz que sólo Dios te puede dar.

*Tenlo por cierto.
Dios te ama.*

*Ámalo Mucho.
Ámalo más.*

EL SUFRIMIENTO

Todos sufrimos, de alguna manera u otra. Es lo natural. Pero hay dos formas de vivir con el sufrimiento. Puedes indignarte y vivir resentido por un dolor inmerecido, o puedes, con una profunda humildad, aceptarlo y ofrecerlo.

El mundo necesita nuestros sacrificios y oraciones. Mira a tu alrededor y comprenderás.

Hay tanto por qué ofrecer: los moribundos, los que viven en pecado mortal, los niños enfermos, los jóvenes que no encuentran su camino, los ancianos que viven olvidados, los sacerdotes, la Iglesia, el Papa.

El Padre Loring daba valor al sufrimiento. Si debes sufrir, ofrécelo. ¿Por qué?

- 1) Porque sufriendo por Dios le mostramos nuestro amor, como Él nos lo mostró muriendo por nosotros en la cruz.
- 2) Porque sufriendo por Dios aumentamos nuestros merecimientos para el cielo.
- 3) Porque sufriendo y uniéndonos a la Pasión de Cristo, colaboramos a la Redención de la Humanidad.

Esta persona tan querida y que acabamos de perder, ofreció su enfermedad, un cáncer terrible, *desde el primer momento* y **nunca** la escuchamos quejarse. Dios la premió con una santa muerte y una gloriosa eternidad a Su lado.

Es natural que nos duela su partida, pero sabemos, creemos, confiamos, que está en el cielo, gozando de la dulce presencia de Dios.

Debes creer, tener fe. Estos son los momentos en que se prueba nuestra fe.

“La Fe... Es la certeza de lo que se espera, es la convicción de lo que no se ve”
(Hebreos 11, 1)

Cuando vacilo y siento que la tristeza me quiere golpear, le digo:

“Señor, yo creo, pero aumenta mi fe”.

¿HAY ALGO MÁS?

No sé si te ha ocurrido. Hay días que me levanto pensando: “Debe haber algo más. No puede ser sólo esto”.

El hombre está lleno de esperanzas y sueños.

Soñamos, anhelamos, deseamos, amamos.

Algo en mi interior vive inquieto, me impulsa en la búsqueda de Dios.

En ocasiones me da por no responder a su llamado. Es como una voz muy tenue, que apenas se escucha.

Te llama por tu nombre. Y sabes que es Dios.

Alejarte no hace más que aumentar el anhelo de Dios por ti. Su ilusión por saber que lo amas.

Te parecerá una tontería, pero me imagino a Jesús como un niño que busca a su madre para que lo abrace y lo consienta y le diga sin cesar cuánto lo ama.

Por algún motivo, Dios, que es amor, suspira por nuestro amor.

De pronto ocurre lo contrario, somos nosotros los que corremos a sus brazos paternos, para sentirnos amados, seguros, confiados. Y es cuando Él acude a nuestro encuentro, casi corriendo, para abrazarnos, fuerte, muy fuerte y decirnos:

“No temas. Yo estoy contigo”.

Y es cuando comprendes que sí hay algo más... Grande, inmenso, extraordinario, que trasciende, que va más allá. Por lo que vale la pena darlo todo.

Conozco algunos que lo han hecho. De pronto decidieron gastar lo que les quedaba de vida sirviendo a Dios. Es lo que llamamos la certeza del amor de Dios, la esperanza de un cielo prometido.

Supe de estas jóvenes dedicadas a Dios que sufrieron un accidente en auto. Cayeron a un barranco y quedaron dispersadas en el suelo, mal heridas. Una de ellas animó a las

demás diciendo: “Dios es bueno”.

Las otras al escucharlo repitieron: “Dios es bueno”.
Y mientras se apagaban sus vidas repetían sin cesar:

“Dios es bueno”.

LA MIRADA DEL CIELO

No temas, yo te comprendo.

Tu dolor es grande y no sabes cómo superarlo. He descubierto un oasis en medio del desierto, un lugar donde todo es paz y tranquilidad, donde se olvida el dolor. Son las Iglesias y las capillas que tienen un sagrario, donde está Jesús.

Me encantan esos oratorios. Puedo hablar con Jesús y contarle todas mis aflicciones. Sé que me escucha y me consuela. Me encanta decirle: “Sal del sagrario y ven a sentarte conmigo”.

Lo imagino sentándose a mi lado en aquella banca, me abraza, sonrío y me dice: “Gracias Claudio, por ser mi amigo”. Yo lo miro asombrado, le sonrío y respondo: “Gracias Jesús por ser mi amigo”.

Hace algunos años murió la mamá de un amigo. Me dolió y fui a verlo para darle un abrazo. Lo encontré en la Iglesia, lo abracé y me dijo:

—Hace mucho que no vengo, pero aquí se respira una gran paz.

—Es por esa paz que yo vengo— le respondí.

La casa de Dios no sólo es un lugar de oración, es también un refugio de paz.

A todos los que les aconsejo visitar a Jesús en un sagrario, cuando atraviesan una gran dificultad, Jesús los ayuda y cambian sus vidas radicalmente.

Hoy le visité en una capilla que está a la vuelta de mi trabajo. Tengo 57 años.

Ya no soy el niño aquél que lo visitaba en Colón, mi ciudad natal, pero entré imaginando que lo era y sentí que se alegraba cuando me vio llegar.

—Llegaste— casi exclama. —Te esperaba.

Y nos quedamos un largo rato charlando, como en aquellos días, contándonos historias, compartiendo nuestras aventuras.

Y Jesús sonreía feliz, contento, emocionado... mientras me escuchaba hablar.

Descubrí también otras formas estupendas de aliviar el sufrimiento. Las compartiré contigo:

MANTENTE OCUPADO

Ocupar tu tiempo y tu mente, es lo más saludable. Leí sobre este hombre que perdió a su esposa y estaba desconsolado. Una tarde su hijo le llevó un avión de juguete al que le rompió un ala. “Repáralo papá”, le dijo. Pero el hombre indiferente por su dolor no lo escuchaba. Tanto insistió el niño que al final el papá de mala gana tomó el avión y se sentó a repararlo.

Cuando terminó se dio cuenta de algo fundamental. Es todo ese tiempo, mientras reparaba el avión, olvidó su dolor y sintió una gran tranquilidad. Hizo un listado de todas las cosas que estaban pendientes por hacer en su casa y desde ese día se mantuvo ocupado.

Yo lo hago a menudo, mantengo ocupada mi mente, pero de la forma más peculiar que puedas pensar: *Escribo*.

REZA

San Félix solía decir: “*Amigo, la mirada en el suelo, el corazón en el cielo y en la mano el santo Rosario*”.

¿Qué tiene de particular el Rosario?

Ayer me senté en una banca afuera de mi casa a rezar el Rosario. Noté que a medida que rezaba me sentía mejor y mejor. Lo he pensado mucho. Cuando rezas te pones en la presencia de Dios que es la fuente de toda Paz. Dios que es Amor, te inunda con su amor eterno.

Haz la prueba. Verás cómo te ayuda.

Supe de esta chica que se vio sumergida en una situación espantosa. Un buen día me contó lo que vivía.

Una pesadilla. No tenía paz y sufría mucho.

Le sugerí rezar en Rosario en alguna capilla u oratorio cercano a su casa. Al día siguiente me escribió para decirme que cuando rezó el Rosario se percató que ese tiempo fue lo mejor de su vida. Tuvo paz. No lo entendía. ¿De dónde venía esa paz?

Ella no lo sabía pero cuando rezas, te pones en la presencia de Dios. Rezar es estar en su presencia amorosa. Y Él que es Amor, nos da su paz.

Dios es Amor y su amor te inunda a caudales. Esta paz la fascinó y empezó a buscarla y se fue a un pueblo montañoso en el que vive feliz. Va a Misa diaria, se confiesa con frecuencia y participa de las horas santas acompañando a Jesús. Le han dicho de todo por este cambio de vida, pero ella responde: “Soy muy feliz. Vivo para Dios”.

.....

Las tres cosas que te aconsejo las he probado y funcionan. Son increíbles y muy sencillas: Visitar a Jesús en el Sagrario, mantener tu mente ocupada y rezar. Invita a tus amigos a rezar contigo. Te hará mucho bien tener compañía en esos momentos difíciles.

Necesitamos desahogarnos, contarles a otros nuestras penas e inquietudes.

Basta que alguien nos escuche para sentirnos mejor.

¿QUÉ SOMOS?

Me he hecho esta pregunta el día entero. Muchos años atrás me la hice al ver morir a mi papá en mis brazos. Lo sujetaba con fuerza y le decía: “Haremos esto juntos, no temas, no estás solo”. Se marchó como una vela que se apaga, tras una larga y cruel enfermedad.

Recuerdo que lo miré un rato para fijarlo en mi mente y me dije: “Este será el último beso que podré darle”. Me acerqué a él y le di un largo beso en la frente. Luego de esto salí de la habitación aún consternado, sin poder creer lo que había pasado.

“¿Qué somos?”, me preguntaba.
Creo que encontré mi respuesta.

Somos viajeros.

Viajamos en el tiempo en busca de Dios.

Mientras viajamos recolectamos las buenas obras que podamos hacer para llevarlas con nosotros como una ofrenda. Más nada llevamos, todo lo demás es pasajero, insignificante. Aferrarse a lo temporal es una tontería, de nada nos servirá. Será un lastre que nos impedirá llegar a nuestro destino.

Es una travesía magnífica, extraordinaria, que nos permite arribar a buen puerto, donde habita Dios.

Bien lo dice esta bella canción:

*“Somos los peregrinos
que vamos hacia el cielo”.*

Al final, te das cuenta que es verdad lo que nos dijo Jesús:

“El grano de trigo debe morir para dar frutos”.

«Si el grano de trigo que cae en la tierra no muere, queda solo; pero si muere, da mucho fruto» (Jn 12, 24).

.....

*La muerte no es el final, sino el principio,
es el comienzo de una eternidad.*

.....

De Dios siempre espero lo mejor. Suelo decir que con Dios, cuando andas en su presencia, lo mejor siempre está por venir... No te preocupes. Confía. Ten fe.

LOS LETREROS

Últimamente, al ver lo efímera que es la vida, me ha dado por colocar letreros en las paredes de mi cuarto, sobre el espejo del baño, en todos los lugares donde pueda verlos y leerlos al empezar mi día.

Te compartiré algunos:

- * Da frutos
- * Con Dios, lo mejor está por venir
- * Nunca te rindas, tú puedes.
- * Sigue tus sueños, hazlos realidad
- * Es hora de crecer y luchar por nuestros sueños.
- * Confía, *ten fe*.
- * Conoces el Camino. Síguelo.

.....

“Si vivimos, para el Señor vivimos: y si morimos, para el Señor morimos. De manera que tanto en la vida como en la muerte, del Señor somos” (Romanos 14,8).

EN EL SAGRARIO

A veces Jesús se siente solo en el Sagrario, abandonado por las almas que más ama. No le basta la compañía de sus ángeles. Suspira por nuestro amor y gratitud.

Le encanta cuando confiamos en Él, cuando le visitamos y le decimos desde el corazón que lo amamos.

Por eso la jaculatoria que más repito es ésta:

“Jesús te amo”.

En ocasiones, cuando lo visito me parece que sonrío de gusto. Otras veces, cuando no puedo bajarme del auto, bajo la ventana y mientras paso, desde la calle le grito:

“Jesús... te quiero”.

Siento en el corazón esa tierna respuesta suya:

“Y Yo a ti”.

Él siempre nos amará más. Es lo que me encanta de su presencia. Su amor te envuelve, te mueve al amor, a la gracia.

Una de mis grandes inquietudes es imaginarlo solo. Solía preguntarle: “¿Qué haces en el Sagrario, mientras esperas que te visitemos? No puedes moverte, ni tener la libertad ir acá o allá”.

Sentí que respondía: “¿Qué hago? Amar.

Los amo a todos y derramo gracias abundantes sobre la humanidad”.

El jueves pasado Jesús respondió esta inquietud. Conducía hacia mi trabajo y experimenté la imperiosa necesidad de visitarlo.

Hay una capilla cercana, pero iba tarde y no podía desviarme. Entonces imaginé que viajaba hacia el Sagrario y que me postraba en adoración, frente a Jesús. Allí estábamos Él y yo, los grandes amigos, felices de vernos. Fue algo tan real que me impresionó.

Sentía que estaba allí, con Él, pero en realidad me encontraba en el estacionamiento del edificio donde laboro. En ese momento me di cuenta que tal vez no siempre está

tan solo como parece. Tal vez otras almas alrededor del mundo lo visitan con el corazón. Y le hacen compañía. Y lo consuelan y le dicen que lo aman.

Otras veces siento que debo rezar por las almas de los pecadores (empezando por la mía) y por las benditas almas del Purgatorio. Son momentos de una intimidad particular con el buen Jesús.

Es como si al rezar, Él estuviera junto a ti escuchándote, recogiendo tus oraciones, complacido por lo que haces. Era algo que no comprendía bien hasta que leí estas palabras del Diario de Sor Faustina:

“El Señor me ha dicho: La pérdida de cada alma Me sumerge en una tristeza mortal. Tú siempre Me consuelas cuando rezas por los pecadores. Tu oración que más Me agrada es la oración por la conversión de los pecadores. Has de saber, hija Mía, que esta oración es siempre escuchada”.

Desde entonces procuro acercarlas al tierno y dulce Corazón de Jesús.

Por eso escribo. Para recordarte que Dios te ama, que eres especial para Él y que lo da todo por ti.

A cambio, ¿qué pide?

Esto tan sencillo que parece increíble:

“Tu amor”.

DIOS ESPERA MUCHO DE TI

*Que ames,
que vivas para Él,
y lo lleves a los demás.*

EL TESORO

Si te preguntas cuál es ese camino misterioso que anhelo seguir, por el que he tratado de transitar toda mi vida; encontrarás la respuesta aquí: (*Juan 14, 6*) “Yo soy el Camino, la verdad y la vida”. El que lo sigue encontrará un Tesoro en el cielo.

Soy como esos buscadores de tesoros que salen en los programas de televisión. El tesoro que busco es el mayor de todos. Tengo el mapa, está lleno de claves y signos. Son las Bienaventuranzas.

Mi mayor sueño desde niño era encontrar a Dios, verlo frente a frente, sonreírle y que me sonría, tenderle la mano y que me la tienda.

Ese es el tesoro del que ahora goza aquella persona por la que lloras. En el cielo seguramente se pregunta por qué lloras, cuando su felicidad es infinita.

Me han contado algo que me sorprendió de mi tío Raúl, en Costa Rica. Estaba cercana su partida y solía tener pérdidas constantes del conocimiento. Se iba, sencillamente y al rato despertaba como si nada. Una de esas ocasiones estaba rodeado de su esposa e hijos.

Al recuperarse se sentó y los llamó a todos para hablarles.

“Hace poco sentí que dejaba de mi cuerpo y subía hacia un lugar luminoso, lleno de luz y serenidad”.

Para que le creyeran a cada uno le dijo lo que hicieron mientras estuvo inconsciente.

“Mi mayor inquietud”, continuó, “es que no sentía la menor tristeza por dejarlos. Sentía un gozo como jamás lo he experimentado. El lugar era hermosísimo y yo quiero regresar. Quiero estar allá... Les pido que ninguno llore por mí”.

Esa misma tarde partió al paraíso. En su entierro ninguno lloró.

¿Es malo llorar?

No... Al contrario, te ayuda mucho. Alivia tu dolor. Llorar nos recuerda nuestra debilidad, nos humaniza más, porque nos hacemos uno con el otro.

Llorar te hará bien, no temas.

Llora sí quieres llorar. Y luego, reza.

Los santos nos han dicho que nuestro llanto nos consuela, pero en nada ayuda a los que han partido.

Necesitan nuestras oraciones.

Hay que orar por ellos.

¿POR QUÉ TEMER?

Una vez en Misa el sacerdote en su homilía nos dijo: “Demos frutos de eternidad. Si supiéramos los goces que Dios nos tiene reservados en el Paraíso, seríamos santos de altares”.

En ese momento pensé:

“Somos frutos que maduramos para Dios”.

Estas palabras han brindado consuelo a muchas personas, incluyéndome a mí.

Un buen día Dios baja del cielo y pasa por la tierra recogiendo los más hermosos frutos, almas hermosas, que son puras y se las lleva con Él al Paraíso, donde gozarán de una maravillosa eternidad.

A menudo cuento una anécdota sobre un amigo que ha soñado con ir al Paraíso y encontrarse con Dios. En cierta ocasión me dijo: “El día que muera hagan una gran fiesta”. Se lo conté a unos amigos y uno respondió: “¿Por qué?, ¿tan mal le va?” Tuve que explicarle y nos echamos a reír por esta ocurrencia suya.

.....

No sufras, no temas. Dios tiene un plan para cada uno de nosotros y su plan es mejor que el nuestro.

EL ENTIERRO

Hoy estuve en el entierro de esta persona tan querida. Nada te prepara para la pérdida.

Mientras muchos lloraban se me ocurrió imaginarla en el cielo, conversando animadamente con sus familiares, los que la precedieron. Luego se sentó y desde el cielo nos miraba.

Nosotros llorábamos, ella sonreía feliz, con un gozo que le llenaba el alma, como diciéndose:

“Nunca imaginé tanta felicidad”.

De niño mis maestras me hablaban del Paraíso, ese cielo prometido. Eran unas dulces monjas franciscanas. Nos contaban lo que teníamos que hacer para conseguir ese cielo.

Todo en Dios es gratuidad.

Dios es bueno.

Nos tiene a cada uno la más bella mansión que puedas imaginar.

“En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros” (Jn 14, 2).

Yo soñaba con ir al cielo. Como sabía que debía ganarlo con un corazón puro, procuraba custodiar mi estado de gracia como un tesoro.

Me dolían esos pequeños pecados con los que ofendía a Dios y corría a confesarlos. Para mí, siendo un niño, lo más importante era tener contento al buen Dios.

Quería ser santo, pero un santo invisible, de aquellos que nadie conoce, un santo anónimo para Jesús. Esa era mi mayor ilusión.

Con los años me desvié un poco del camino. Ahora de grande he querido retomarlo. Buscar nuevamente a Dios, hacer las cosas por Él y para Él.

Dios llenaba mi alma infantil con una serenidad tan grande con una certeza tan absoluta que no quería más. Era como decía santa Teresa de Jesús,

“Sólo Dios basta”.

Para mí, Él era suficiente. No necesitaba más.

¿Y ahora? Ver de cerca la partida de seres queridos me ha movido a reflexionar. No he podido dejar de hacerlo. Este libro lo escribo de una sentada, prácticamente sin levantarme de esta mesa.

Ha sido tanta mi impresión que no puedo dejar de pensarlo.

Llegamos a este mundo sin nada, desnudos, y nos vamos sólo con las buenas obras que hayamos hecho. Cuando morimos se acabó el tiempo. Ya no podremos hacer más para acrecentar nuestro tesoro en el cielo.

¿Por qué no ayudar, mientras estemos en esta tierra, a los que se han marchado? Podemos hacer mucho por ellos... con nuestras acciones piadosas, las oraciones, los ofrecimientos y el tesoro espiritual de las indulgencias.

.....

¿Sabes cuál es la más perfecta y eficaz oración?

¿Cuál es el mejor regalo que les podemos dar?

La santa Misa.

MI DISGUSTO CON DIOS

¿Te has disgustado con Dios porque se llevó ese familiar que tanto amabas? Te preguntas porqué tuvo que ocurrir, por qué ese sufrimiento despiadado, por qué ocurrió si tenía tanto futuro.

Siempre lo he dicho y quiero que lo sepas, somos frutos que maduramos para Dios. Cada día Dios baja a la tierra y busca los mejores frutos, los más bellos, los más dulces, los más luminosos y se los lleva con Él al Paraíso para que gocen de ese cielo tan merecido.

Ya no van a sufrir, ni a tener angustias, ni miedos.

En el cielo todo es paz, felicidad, gozo. Dios lo llena todo y no necesitas nada.

Allí seguramente se encontrarán con sus primos, padres, abuelos, que han partido. Imagina esas deliciosas tertulias poniéndose al día con los temas familiares.

Sé que no lo aceptas ni lo comprendes. ¿Cómo podemos comprender la eternidad?

No tenemos un concepto pleno del Paraíso. La plenitud la tendremos cuando llegemos allá. En ese momento, llenos de Dios, sumergidos en su amor, en su Misericordia, viviendo el gozo perfecto, podrás comprender y se responderán todas tus preguntas.

Esa persona que tanto amas, seguro se encuentra en el Paraíso, en la presencia de Dios.

En estos primeros días seguro está descubriendo las maravillas del cielo.

No te inquietes por ella o él.

Están muy bien, ya no sufren.

UNA PEQUEÑA ORACIÓN

¿Te gustaría hacer una pequeña oración?

Repítela conmigo. Esta bella oración de santa Teresa de Jesús:

*Nada te turbe,
Nada te espante,
Todo se pasa,
Dios no se muda.
La paciencia
Todo lo alcanza;
Quien a Dios tiene
Nada le falta:
Sólo Dios basta.*

Te servirá de consuelo cuando te preguntes el porqué, y no comprendas qué pasó.

*Por nada te acongojes.
Nada te turbe.*

Un amigo sufrió un accidente en Costa Rica, quedó ciego, sordo y mudo. No podía mover el cuerpo.

Me cuenta que en su aflicción repetía esta oración una y otra vez. Así lograba encontrar consuelo a su desdicha. Poco a poco fue sanando. Pero no podría recuperar la vista. Los nervios ópticos quedaron comprometidos, dañados.

Una tarde la enfermera lo dejó en una capilla para que rezara. Allí le dijo a Jesús: “Si tú quieres que me quede ciego, así te serviré, y si me devuelves la vista también te serviré”. Súbitamente la vista se le fue aclarando y vio frente a él a Jesús, quien desde aquella cruz le decía: “Yo soy, Ye te he sanado”.

Cuando los médicos se enteraron que podía ver lo enviaron en ambulancia donde el oftalmólogo que lo atendió previamente.

Era ateo y le dijo: “Esto es increíble, imposible de explicar. Debes presentarme a este doctor que te curó, porque es mejor que yo”.

Mi amigo le sonrió y dijo:

“Ese amigo mío se llama Jesús”.

EL CIELO

Es tan vasto el cielo y la eternidad, tan incomprensible para nuestras mentes que Jesús lo explicaba en parábolas. Contaba historias cotidianas que todos comprendían.

Éstas son algunas y puedes buscarlas en tu Biblia / aquella que tienes en una esquina de tu casa.

La parábola de la levadura.
La parábola de la semilla de mostaza.
La parábola del trigo y la cizaña.
La parábola de la Perla de gran valor.
La parábola de la red.

La que más me impresiona es la del tesoro escondido.

“El Reino de los Cielos es semejante a un tesoro escondido en el campo que, al encontrarlo un hombre, lo oculta y, gozoso del hallazgo, va y vende todo cuanto tiene y compra aquel campo” (Mt 13, 44).

Imagina el gozo de aquél hombre que ha encontrado un tesoro.

Es lo que les pasa a los que se encuentran con Dios.

Sé de muchos que han cambiado sus vidas radicalmente.

Conozco varios que de un día para el otro tuvieron frente a ellos una certeza, la presencia de Dios que pasaba y les tocaba el corazón. Lo dejaron todo, se fueron tras Dios. No les importaba el hambre, o los insultos, o lo que pensarán de ellos.

Eran felices, e iban por el mundo mostrándonos que se puede vivir el Evangelio radicalmente.

.....

Hay muchas cosas que desconozco, escribo sobre lo que vivo, comparto mis experiencias. He aprendido que vale la pena ponernos en las manos de Dios. Dios es bueno. *Es un gran consolador.*

Nos toca hacer lo que podamos para salir adelante, no dejar que esta adversidad nos derrote. *Lucha con fe.* Bien decía san Benito: “Reza y trabaja”.

Yo añadiría: “No te rindas, y ponte en las manos amorosas del Padre”. Es como dijo san Agustín:

“Haz tú lo que puedas, pide lo que no puedes, y Dios te dará para que *puedas*”.

¡Ánimo!

CERTEZA DEL CIELO

El Padre Miguel Garrido me envió por Internet esta historia de Cindy Holmes. Me encanta compartirla. Es bellísima. Está llena de ternura, por eso he querido compartirla contigo.

Habla de la esperanza, las ilusiones y la pureza de un niño que confía plenamente en su madre y en Dios. Es la certeza del cielo.

“En mi profesión como educadora y trabajadora de la salud, he tenido contacto con muchos niños infectados por el virus del SIDA... Las relaciones que mantuve con esos niños especiales han sido grandes dones en mi vida.

Ellos me enseñaron muchas cosas, pero descubrí, en especial el gran coraje que se puede encontrar en el más pequeño de los envoltorios. Permíteme que te hable de Tyler.

Tyler nació infectado con el VIH; su madre también lo tenía. Desde el comienzo mismo de su vida, el niño dependió de los medicamentos para sobrevivir.

Cuando tenía 5 años, le insertaron quirúrgicamente un tubo en una vena del pecho.

Ese tubo estaba conectado a una bomba que él llevaba en la espalda, en una pequeña mochila.

Por allí se le suministraba una medicación constante que iba al torrente sanguíneo.

A veces también necesitaba un suplemento de oxígeno para complementar la respiración.

Tyler no estaba dispuesto a renunciar un solo momento de su infancia por esa mortífera enfermedad. No era raro encontrarlo jugando y corriendo por su patio, con su mochila cargada de medicamentos y arrastrando un carrito con el tubo de oxígeno.

Todos los que le conocíamos nos maravillamos de su puro gozo de estar vivo y la energía que eso le brindaba.

La madre solía bromear diciéndole que, por lo rápido que era, tendría que vestirlo de rojo para poder verlo desde la ventana cuando jugaba en el patio.

Con el tiempo, esa temible enfermedad acaba por gastar hasta a pequeños dínamos

como Tyler. El niño enfermó de gravedad. Por desgracia sucedió lo mismo con su madre, también infectada con el VIH.

Cuando se tornó evidente que Tyler no iba a sobrevivir, la mamá le habló de la muerte. Lo consoló diciéndole que ella también iba a morir y que pronto estarían juntos en el cielo. Pocos días antes del deceso, Tyler hizo que me acercara a su cama del hospital para susurrarme:

*“Es posible que muera pronto.
No tengo miedo.*

Cuando muera vísteme de rojo, por favor. Mamá me prometió venir al cielo.

Cuando ella llegue yo estaré jugando y quiero asegurarme de que pueda encontrarme”.

LOS NIÑOS SON PARA JUGAR

Tyler habla con tanta naturalidad de su muerte que sobrecoge al lector desprevenido. Tiene una certeza absoluta: “Dios existe”. No hay dudas en su corazón. Hará una corta travesía hacia el cielo... Y allí seguirá jugando, distraído, hasta que su madre lo encuentre.

Recuerdo cierta vez que mi hijo enfermó. En un descuido mío se paró de la cama y se quedó jugando en el piso.

— ¿No sabes que estás enfermo?— lo reprendí. —Debes cuidarte.

—Papá— respondió —. ¡Los niños son para jugar!

Quedé desarmado, sin saber qué decir. Los niños son para jugar. Y para enseñar a papá y a mamá, las cosas importantes que con los años y la edad hemos olvidado.

Tal vez por esta inocencia que tienen los niños, nos pidió Jesús que fuéramos como niños. Vivir sin tener prisas para crecer. Y si crecemos, mantenernos niños, en el fondo del alma, puro y bueno.

DIOS ES BUENO

Dios es Bueno. Todo lo que nos ocurre es para nuestro bien, aunque no podamos comprenderlo.

“...sabemos que Dios dispone todas las cosas para bien de los que lo aman”
(Romanos 8, 28).

¿Quién puede comprender el dolor y el sufrimiento? Tal vez no se trate de comprender sino de aceptar y ofrecer.

Debemos confiar. A estas Alturas de la vida confiar es lo mejor que podemos hacer. Confiar que Dios es bueno y nos ama. En estos momentos me digo: “Debo confiar”... Y me repito: “Creo, Señor, yo creo”.

Mi experiencia es que Él nunca me defraudará.

Cuando tengo muchas dudas o inquietudes me gusta hacer esta oración que he tomado del Evangelio: “Quédate con nosotros Señor, porque atardece”. En ese momento recupero la serenidad y la esperanza. Y puedo ver las cosas con nuevos ojos y comprendo que Dios nunca nos ha dejado, Él camina con nosotros, a nuestro lado.

Vamos... Ponte en las manos de Dios y todo irá bien.

.....
Siempre he pensado que la vida es para ser vivida a plenitud, en la presencia de Dios. Él quiere que seas santo porque sabe que los santos son felices.

La tribulación que a veces atraviesas no es más que una poda de Dios. Como el jardinero poda el arbusto para que crezca fuerte, Dios te poda para fortalecer tu fe. Es su pedagogía.

Dios busca al hombre, anhela su amor. Dios quiere para ti lo mejor, que seas completamente libre y te realices como persona.

Me gusta mucho este pensamiento del hermano Rafael (san Rafael Arnaiz).

“La libertad se halla en el corazón del hombre que sólo ama a Dios. Se halla en el hombre cuya alma no se encuentra apegada ni al espíritu ni a la materia, sino sólo a Dios”.

¿QUÉ TE INQUIETA?

¿Por qué se turba tu corazón?

Imagino que ha de ser algo muy doloroso.

El dolor es parte de nuestra vida.

Hace muchos años leí que Dios escogió el dolor para redimirnos, porque es algo que podemos comprender. Tal vez no todos comprendan la música, o la literatura, o la pintura, pero todos comprenden el dolor.

Hay dolores y hay dolores. Algunos tan profundos que rasgan el alma. En esos momentos, cuando no hallamos salidas y todo es tan confuso; debemos escuchar a Jesús, que nos dice, con ternura:

“No temas, Yo estoy contigo”.

Luego te sonrío y te mira con una bondad infinita, una mirada que llena tu corazón de paz y sosiego. Y nos da la respuesta que buscamos:

“No temas, cree solamente” (Marcos 5, 35).

Ánimo. No desesperes.

Todo pasa. Esto que te aflige, también pasará.

.....

Dios nunca te va a desamparar.

Esta es la certeza con la que debes vivir.

Dios en ti y tú en Dios.

A pesar de lo oscuro que parezca el panorama, o el dolor inmenso que te consume, Dios siempre estará contigo, siempre.

Pero, ¿por qué esto? No lo sé. No tengo la respuesta. Sólo sé que se nos pide creer. Confiar. A pesar de todo.

Dios es Amor, por lo tanto, nada que no sea por Amor, vendrá de Él.

Su pedagogía es impresionante. Lo he visto actuar.

.....

De pronto, sin previo aviso, Dios sacude el árbol de tu vida y te estremece, para que caigan las hojas secas y te robustezcas en la Fe.

Son los momentos en que te acuerdas de Él y diriges tu mirada al cielo. Y lo buscas con afán. Sabes que nada en este mundo te podrá llenar ni consolar ni darte la Paz que tanto anhelas. Sólo Dios. Él es la respuesta.

.....

Pasada la tormenta, llegará la paz. Y vas a comprender. Entonces, y sólo entonces, podrás decir como San Agustín:

“¡Tarde te amé, hermosura tan antigua y tan nueva, tarde te amé! Tú estabas dentro de mí, y yo fuera, y por fuera te buscaba, y deforme como era me lanzaba sobre las cosas hermosas por Ti creadas.

Tú estabas conmigo, y yo no estaba contigo. Me retenían lejos de Ti todas las cosas, aunque, si no estuviesen en Ti, nada serían.

Llamaste y clamaste, y rompiste mi sordera. Brillaste y resplandeciste, y pusiste en fuga mi ceguera.

Exhalaste tu perfume, y respiré, y suspiro por Ti. Gusté de Ti, y siento hambre y sed.

Me tocaste, y me abraso en tu paz.”

El Buen Dios ha querido que empecemos este día con estas palabras de consuelo.

“No temas, que yo te he rescatado, te he llamado por tu nombre. Tú eres mío” (Isaías 43,1).

LA ENTREVISTA

Hoy el sacerdote contó en su homilía una entrevista simpática que un periodista le hacía a Dios:

— ¿Qué haces en el cielo?

— Siempre estoy muy ocupado.

— Pero si ya creaste el cielo y la tierra y enviaste a Tu hijo a morir por nosotros, ¿Qué más queda?

— Perdonar.

— ¿Perdonar? Sí, me la paso perdonando, olvidando sus pecados.

Me sonreí por esta anécdota tan curiosa. Y pensé que es verdad:

“Dios nos ama, así como somos”.

Lo impresionante es que nos perdona una y otra vez.

REFLEXIONES

Iniciaremos este camino de sanación dándole valor a las cosas realmente importantes:

Tu familia.

El perdón.

La oración.

El silencio.

La reconciliación.

La comunión fraterna.

Escucharé la voz de Dios en mi interior.

Buscaré un sacerdote y hare una buena confesión.

Luego visitaré a Jesús en el Sagrario y le diré: “Aquí estoy, Jesús, por ti y para ti”.

.....

Los eventos importantes de mi vida han ocurrido siempre a la luz del Sagrario.

Una vez fui a visitar a Jesús Sacramentado.

Le llevaba mis quejas, por la cantidad de problemas que confrontaba.

Me paré frente al Sagrario y lo miré preocupado.

“Ayúdame”, le dije.

Súbitamente escuché como un eco mis propias palabras: “Ayúdame”.

Sentí que tocaban mi hombro y repetían esta palabra.

Me volví y encontré frente a mí a un hombre tullido. Caminaba con dificultad e imploraba que lo ayudaran.

Mire a Jesús de soslayo le dije sonriendo: “Quién puede contigo. Te la sabes todas”.

Entonces le tendí las manos a aquél hombre, recordando las palabras de san Alberto Hurtado: “El pobre es Cristo”. Con la certeza que ayudaba a Jesús.

.....

A menudo olvidamos lo fundamental: somos “Templos del Espíritu Santo”, una casa donde habita Dios.

Suelo reflexionar en esto y me pregunto qué clase de hospedaje le ofrezco a Dios cada día. Me parece que no tengo nada que valga la pena. La mayor parte de las veces soy un lugar inhabitable.

Debo dejar espacio para Dios, hacer a un lado lo material y dejar crecer lo espiritual. Ser menos carne y más espíritu. Dejar que Dios habite en mí.

Y es que cuando descubres a Dios te das cuenta que Él nuestro gran Tesoro, por el que vale la pena dejarlo todo.

“Usted habla como una persona que ha tenido una experiencia fuerte con Dios”, me escribió una joven que leyó uno de mis libros.

Es verdad. De alguna forma se percató. Dios impactó mi vida. Y ahora no puedo más que amarlo y hablar de Él. Su Amor, Su Ternura. Su Misericordia. Y es que lo he visto actuar a mi alrededor. Y he podido experimentar su presencia en medio de nosotros.

Casi a diario tengo una experiencia con Dios. A veces pienso en aquél joven que una vez me dijo: “¿Quién te crees? ¿Acaso eres especial para Dios?”.

Recuerdo que aproveché para responder: “La verdad es que TODOS somos especiales para Dios, porque TODOS somos hijos de Dios. Lo que ocurre es que unos se dan cuenta y otros no.

Hace poco una joven me escribió: “Usted habla como una persona que ha tenido una experiencia fuerte con Él”.

“Sí”, le respondí... “He sentido su Amor, su ternura y me he dado cuenta que estamos llamados a la Eternidad”.

“Sabido esto, habiendo encontrado este tesoro, ¿cómo no darlo a conocer?”

La verdad es que no hay ningún mérito en mis palabras. Es Dios quien lo hace todo.

¿Has visto la dulce mirada de Jesús? Hay algo en ella que: te cuestiona, te habla, te

abrazas, te inunda de amor y ternura te inquieta, te hace ver lo que eres, te penetra el alma, te muestra cuánto sufre, te grita: “tengo sed”, te pregunta: ¿me amas?, y te responde: “yo soy, y te amo”.

.....

A veces me da por mirar un cuadro de la Virgen que tengo en casa. A su lado coloqué una estampita del rostro de Jesús.

Me parece que ella me dice: “¿Ves cómo te ama mi hijo?” Le sonrío y respondo: “yo también lo quiero mucho”. Y nos quedamos como sumergidos en la oración que me brota del alma. Me encanta porque me da la impresión que Jesús sonrío complacido. Está contento.

Tiene el rostro como iluminado, con una mirada tan llena de ternura y amabilidad que sorprende. Recuerdo aquella persona, tocada por la gracia, que exclamaba emocionada: “¡Somos especiales para Jesús!”.

A pesar de nuestra indiferencia no deja de bendecirnos y enviarnos gracias abundantes. Me da por decirle con una alegría interior: “Qué bueno eres Señor”.

LAS PALABRAS IMPORTANTES

Hace años decidí anotar en un cuaderno las palabras importantes que le dan sentido a mi vida. Con el tiempo he recogido algunas muy simpáticas, otras más serias. Pero todas las escribí con la ilusión y el anhelo de ser mejor. Por algún motivo, me pareció bueno compartirlas hoy contigo.

1. Dios.
2. Dulce voluntad de Dios.
3. Perfección de obras.
4. Alma en gracia santificante.
5. Ser un buen católico.
6. Vivir la fe.
7. Ver a Cristo en el pobre.
8. Anhelar el Paraíso.
9. Llevar una vida agradable a Dios.
10. Frecuentar los sacramentos.
11. Perdonar de corazón.
12. Vivir en familia.
13. Dar gracias a Dios.
14. Querer lo que Dios quiere.
15. Amar a Dios.
16. Ser amigo de Jesús.
17. Amar la Iglesia.
18. Tratar de ser santo.

19. La comunión diaria.
20. Ser paciente.
21. Consolar.
22. Aumentar mi fe.
23. Confiar en Dios.
24. Rezar el Rosario en familia.
25. Dar al que me pida, en nombre de Dios.

LA MIRADA DE JESÚS

¿Has experimentado alguna vez la mirada dulce de Jesús? De pronto te entra un no sé qué de tanta ternura. Es una experiencia difícil de explicar.

Me había ocurrido en pocas ocasiones, pero no sabía lo que era. Conducía el auto y de pronto una felicidad me inundó el alma. Fue algo muy breve y nunca entendí qué era.

Al pasar los años volvió a ocurrir. Pero esta vez lo supe. -Eras tú —le dije a Jesús, sonriendo de felicidad.

Me quedé viéndolo en silencio, en aquella hostia santa. Él me miraba y yo lo miraba. Las palabras sobraban. El mundo entero giraba en torno a nosotros.

Recientemente volvió a ocurrir. —Me llamas Jesús —le dije. Y me fui a una capillita para acompañarlo un rato, en oración.

Lo descubrí tan solo en aquel sagrario.

Ahora procuro visitarlo con frecuencia. Jesús sigue tocando las almas y los corazones de muchas personas a nuestro

LOS PLANES DE DIOS

Los planes de Dios son perfectos. Siempre tienen un final inesperado para nosotros. En el camino dudamos. Al llegar es cuando podemos contemplar en toda su plenitud la maravilla que Dios ha hecho con nosotros y es cuando exclamamos: ¡Ahora comprendo! ¡Qué bueno eres Señor!

Lo he visto infinidad de veces. Personas que se lamentan: ¿Por qué Dios me hace esto? ¿Por qué a mí?

Es que aún no saben...

Tengo un amigo que se quedó sin trabajo. El banco le quitó su automóvil, porque no pudo pagar las letras. Y se vio forzado a viajar en autobús. Un día observó que la persona a su lado estaba inquieta, como triste, apocado. Y mi amigo inició una conversación que le descubrió la tragedia de este pobre hombre.

Mi amigo lo consoló, le habló de Dios, de la esperanza... Y se dio cuenta de la falta inmensa que les hace Dios a los hombres. Hay un hambre de Dios, que no podemos saciar, porque callamos y nos mostramos desinteresados.

Ahora este amigo mío aprovecha sus viajes en autobús para evangelizar a los que puede. Realiza una misión inesperada, que Dios le encomendó, en el lugar más insospechado.

Y no es el único. Sé de muchos que en este momento lo están haciendo. Aprovechan los encuentros casuales, para hablar de Dios. Y lo hacen con tal naturalidad que sorprende. No es una charla forzada. Es una conversación amena y alegre, en la que hablan del Dios que conocen; que les ha iluminado sus existencias y ahora lo quieren compartir. Desean ardientemente que otros también conozcan a Dios. Al Dios de la vida.

Alguien me confesó en estos días: “Soy feliz cuando hablo de Dios”.

¡Si tan sólo supieran lo maravilloso que es este encuentro! ¡Volver al hogar, a la casa de Dios!

¿POR QUÉ SUFRIMOS?

Hace mucho, dejé de preguntarme, de cuestionarme y de buscar. ¿Quién puede comprender las cosas de Dios? ¿Por qué sufrimos? ¿Por qué nos ocurren estas cosas?

Siempre nos preguntamos los porqués de nuestros sufrimientos.

Somos tan limitados y por más que lo intentemos, jamás podremos comprender la inmensidad, lo Eterno, el Amor incondicional, la infinita pureza. Así que, en vez de cuestionarlo todo, decidí confiar.

En un principio me costó. Pero Dios no se hizo esperar.

Siempre ha estado a nuestro lado animándonos, dándonos signos palpables de Su presencia.

Un sacerdote me contó de este parroquiano al que le descubrieron un cáncer fulminante.

El día que se lo notificaron, tomó el auto y se pasó conduciendo toda la noche, tratando de comprender, pensando en lo que le diría a su esposa y sus hijos.

En un momento dado le entró una gran desesperación y le gritó a Dios:

“¿Por qué a mí? ¿Qué será de mis hijos?”

En ese instante escuchó detrás de él una voz suave y consoladora, que le decía: “No temas, Yo estoy contigo”. Retornó la Paz. E hizo frente a su enfermedad, ofreciéndola, siendo un signo del Amor de Dios.

Aprendí que somos “frutos que maduramos para Dios”. Cuando estamos listos, Él baja a la tierra y nos lleva a la Eternidad, para que gocemos las dulzuras del Paraíso.

.....

Dios nos pide confiar. Abandonarnos en su amor.

Hace algunos años, murió una prima. Solía visitarla cuando estuvo enferma. Su fe te conmovía. Veías los signos de Dios a su alrededor.

El día de la misa, algo llamó mi atención. Al finalizar, el esposo se paró frente al podio, tomó el micrófono y dijo con gran serenidad: “*Señor, nos duele. No podemos comprenderlo. Queremos que sepas, que aceptamos Tu Voluntad*”.

Fue algo impresionante. Un gesto increíble del “santo abandono”.

UN ENCUENTRO CON DIOS

Has tenido un encuentro con Dios y sientes una alegría infinita. Seguro te preguntarás qué ha pasado. Ya lo sé. Es como si el mundo a tu alrededor desapareciera.

Dios los envuelve todo.

Su presencia omnipotente te hace comprender que nada más es necesario para aplacar nuestro corazón, para dar una suave serenidad al alma.

Dios ha pasado.

De pronto comprendes que todo en Él es silencio. Serenidad. Paz. Dulzura. Gozo.

Son cosas nuevas que nunca antes habías sentido. ¿Por qué este gozo tan grande? Sientes que el alma te va a estallar de tanta felicidad. Quisieras que estos momentos perduren. Es la “Gracia”, que recibes en abundancia.

Dios te llena con su Gracia, para que al caminar por la vida, puedas crecer en tu Fe.

Dios está en ti. Contigo. ¿Qué debes hacer? Algo muy importante: “llevarlo a los demás”.

Que Dios sea conocido y amado.

Es como decía Chiara Lubich, la fundadora del Movimiento de los Focolares: “Donde quiera que vayan, hablen de Dios. No teman hablar de Él. En la radio, en las fiestas. Hablen siempre de Dios”.

Hasta ahora la noche, todos duermen mientras yo me he sentado frente al computador para escribirte. Hizo una breve oración antes de empezar. He buscado mi interior las respuestas. Agustín decía que buscaba Dios a su alrededor cuando Dios habitaba su interior.

Dios nunca te abandonará.

LA PAZ DE DIOS

Hace unos días murió la mamá de un amigo. Conducía mi auto cuando dieron la noticia por radio. La misa sería a las tres de la tarde. Recordé el entierro de mi papá. Estaba frente a la iglesia en mi carro, apoyado sobre el timón, buscando dentro de mí las fuerzas que necesitaba, cuando José Lara (aún lo recuerdo) se me acercó:

— Ánimo — me dijo con afecto.

Y así pude entrar.

Comprendí la importancia de sentirnos acompañados en los momentos difíciles. Por eso quise estar con él y fui a verlo a la Iglesia. Lo encontré sentado en la primera fila.

— He venido para darte el abrazo de un amigo —le dije.

— Gracias Claudio.

Conversamos un rato en voz baja y de pronto comentó:

— Hace muchos años que no entraba en una Iglesia.

— Se siente una gran Paz aquí. — añadió.

Fueron palabras que nunca esperé.

Me dejó muy sorprendido.

— *Es por esa Paz* que vengo a la Iglesia cada vez que puedo — le dije —. Es una Paz que no puedes encontrar en ningún otro lugar; y que más nadie te puede dar. ***Es la Paz de Dios.***

Disfruté con él aquella Paz sobrenatural que nos envolvía en ese momento. Y me maravillé por las cosas que hace el Señor. La ternura que pone en todo. Los “*detalles*” del buen Dios.

¿QUÉ DEBO HACER?

Cada día, cuando visito a Jesús en el Sagrario, le hago la misma pregunta: “¿Qué debo hacer?”

Y es que no encuentro respuestas a mis inquietudes y a menudo no sé cómo solucionar mis problemas.

Hoy fue un día especial, diferente. Me encontraba en ese dialogo solitario con Jesús. Le preguntaba muchas cosas, con la certeza que Él está allí, y me ve y me escucha. Y de pronto me llegaron estos pensamientos... Como no tenía papel para anotar, los escribí en la palma de mi mano.

Al salir de la Iglesia vine a la Biblioteca. Aquí estoy, en este momento, leyendo lo que escribí:

El que vive en la presencia de Dios no puede odiar, aunque quiera. Dios es Amor. Su amor es tan grande que todo lo inunda y no deja espacio en tu alma para el odio, el resentimiento o el rencor. En su presencia sólo hay paz, serenidad, perdón y misericordia.

Hay algo más...

Mirándolo fijamente le recordé los problemas que atravieso y no sé cómo solucionar.

Entonces sentí como un bálsamo en el alma. “Eres Tú”, le dije. “Sé que eres Tú”. Y un amor hondo me llenó con tal fuerza que aún, en este momento, en esta Biblioteca, lo percibo.

Es un gozo interior indescriptible. Y me mueve a amarlo todo, a todos, al bueno, al malo, al que me ama, al que me odia.

En ese momento volví a hacer la pregunta que siempre quedaba sin respuesta: “¿Qué debo hacer?”. Esta vez algo ocurrió.

“¿Qué debo hacer?” Volví a preguntar. Sentí una voz interior, transparente como el viento, que me llegó al corazón. “Amar”, respondió. “Debes amar”.

Entonces comprendí. He amado, pero no lo suficiente. He amado con un amor muy pobre y egoísta, un amor selectivo.

Debo dar ese primer paso que nos diferencia y amar un poco más. Luego, pedirle una chispa de Su amor, que es un amor puro y limpio, para amar como debo amar.

Al salir, llegué a esta conclusión: Si amáramos un poquito más, el mundo sería diferente, y nosotros también.

Ahora lo sabes... Cada vez que preguntes qué debes hacer, encontrarás una sola respuesta: "AMAR".

¿HASTA CUÁNDO?

Ocurre que de pronto piensas que Dios te ha olvidado. Te asedian tantos problemas y no los puedes comprender. Quedas envuelto en un torbellino del que parece no existir una salida.

Recientemente pasé por algo parecido, y sentí una gran confusión. Procuraba estar tranquilo y confiar en Jesús.

Solía visitarlo en el Sagrario para quejarme... ¿Hasta cuándo?...

Y oraba con el Salmo 6:

Señor, no me reprendas en tu ira, ni me castigues si estás enojado. Ten compasión de mí que estoy sin fuerzas; sáname pues no puedo sostenerme.

Aquí estoy sumamente perturbado, tú, Señor, ¿hasta cuándo?... Vuélvete a mí, Señor, salva mi vida, y librame por tu gran compasión.

Sentía entonces como si una voz interior me dijera:

—Lee a Job.

— ¿Job? — me dije extrañado.

Y fue lo que empecé a hacer, y lo que te recomiendo cuando no entiendas lo que te ocurre, y cuando sientas que no puedes más.

Mientras escribo, tengo frente a mí una Biblia. Está abierta en el libro de Job. Ahora se ha vuelto un amigo entrañable. Me ayudó a comprender las enseñanzas de Nuestro Señor.

¿Quiénes somos para quejarnos ante Dios? ¿Acaso pensamos ofrecer nuestros sufrimientos por la salvación de las almas? No somos dignos de nada. Todo es gracia de Dios. Job lo supo bien:

Reconozco que lo puedes todo, y que eres capaz de realizar todos tus proyectos. Hablé sin inteligencia de cosas que no conocía, de cosas extraordinarias, superiores a mí.

Yo sólo te conocía de oídas; pero ahora te han visto mis ojos. Por eso retiro mis palabras y hago penitencia sobre el polvo y la ceniza. (Job 42,2-6)

Comprendes de pronto lo pequeño e insignificante que eres ante la inmensidad y magnificencia de Dios. Parece como si Dios mismo te llevara al límite, para probar tu fe, fortalecerla y hacerte comprender que sin él nada podemos.

Porque así como el oro se purifica en el fuego, así también los que agradan a Dios pasan por el crisol de la humillación. (Siracides 2,5)

A Él le agradan los hombres humildes, sencillos, rectos de corazón. Y nos enseña a ser como desea que seamos.

EN LA CRUZ

“Dios mío, ¿por qué me has abandonado?” (Mt 27,46)

Está en la Cruz, con dolores atroces, cargando sobre sus hombros tus malas miradas, tus deseos impuros, cada vez que has hecho daño al prójimo, las veces que te negaste a perdonar, aquella vez que robaste.

Parece abandonado pero no lo está. Ora. Reza el salmo 22 que refleja el sufrimiento que tendría lugar aquél día y que al final es un canto de Esperanza.

Sabe que orar es permanecer en la dulce presencia de Dios. Y nos enseña que a pesar del sufrimiento debemos perseverar en la oración.

Una vez leí que para “para la mentalidad judía citar el comienzo de un salmo equivale a citar el salmo entero”.

Cuando vayas a tu casa toma tu Biblia y acompaña a Jesús rezando este salmo. Dios nunca nos abandona.

A pesar de lo que a veces escuchamos. Es imposible que esto ocurra. *“En Él vivimos, nos movemos y existimos”*.

Dios nunca te abandona. Somos nosotros los que le damos la espalda. Hace algún tiempo, pasando graves dificultades me acerqué al Sagrario.

Estaba muy preocupado. Fui a ver a Jesús y exclamé: “Ayúdame”.

Al segundo escuche como un eco mis palabras: “Ayúdame”. Me sorprendí. De pronto sentí una mano que se posaba sobre mi hombro. Volví a escuchar mis palabras: “Ayúdame”.

Miré hacia atrás y vi a un hombre tullido que caminaba con dificultad y me miraba con desesperación.

Volví a ver a Jesús en aquél Sagrario y susurré sonriendo: “Te la sabes entera. Contigo no se puede”.

Me di cuenta que aquél hombre estaba en peores condiciones y que Jesús, en ese momento, me pedía ser sus manos, sus pies, su voz, su corazón. Y que debía amar a aquél enfermo, ayudarlo. Acogerlo. Hoy que veo a Jesús en la cruz me arrepiento de todo lo malo que he hecho. Sufrió por mí. Y por ti.

Lo miro a los ojos y le digo con ternura: “Tu trabajo Jesús es perdonarnos. El nuestro, amarte”.

Querido Dios:

Hoy salí temprano a caminar. A cada paso pensaba: “A veces andamos al borde del precipicio por ti, Señor y a menudo no sabemos qué hacer. Sólo caminamos y caminamos, pensando en tu Amor, tu presencia. ¿Qué quieres de nosotros?”

De pronto nos sumerges en un mundo en el que no deseamos estar. Es un lugar oscuro, lleno de dificultades. Parece que no hay amor, ni esperanza a nuestro alrededor. Son situaciones a las que no hayamos salidas. Cada vez que te lo digo, siento que me respondes:

— Sigue caminando.

No imaginas la cantidad de personas que me cuentan sus problemas. Acuden a mí tal vez por haber leído uno de mis libros. Viven rodeados de oscuridad. Suelo impresionarme. Y me pregunto: “¿Por qué lo permites? ¿Por qué ese sufrimiento?”

Hace muchos años decidí dejar de cuestionarte y dedicarme a confiar. ¿Cómo podríamos comprenderte nosotros que somos simples mortales? Pero la verdad es que no siempre he podido quedarme tranquilo y confiar.

Hoy es uno de esos días en que me llené de inquietudes. Curiosamente mientras caminaba me pareció encontrar las respuestas.

Todas estas personas, por estar sumergidas en sus problemas olvidaron algo fundamental, lo que realmente son: “Hijos tuyos. Portadores de tu Amor. Mensajeros de la Esperanza”. Es un sello que nunca perderemos.

*Somos pequeñas luces que colocas en
estos terribles lugares, para iluminarlos.
No nos damos cuenta, acongojados
por las dificultades.*

Deseas que te llevemos a los demás, que seamos tus brazos, tus pies, tu voz. Siuviésemos conciencia de lo que esperas de nosotros, todo sería más sencillo. Podríamos perdonar y amar. Abrazar al necesitado. Tal vez necesitamos la certeza de un propósito para acoger la esperanza y esparcirla por el mundo.

No sé para qué te cuento estas cosas. De pronto hallé en mi Biblia la respuesta y terminé de comprender:

“Ustedes son la luz del mundo: ¿cómo se puede esconder una ciudad asentada sobre un

monte?

Nadie enciende una lámpara para taparla con un cajón; la ponen más bien sobre un candelero, y alumbra a todos los que están en la casa. Hagan, pues, que brille su luz ante los hombres; que vean estas buenas obras, y por ello den gloria al Padre de ustedes que está en los Cielos” (Mt 5. 13-16).

Siempre recuerdo aquella joven que una mañana se presentó a mi oficina para entregarme su renuncia. “

— ¿Alguien te ha tratado mal? — le pregunté sorprendido.

—Al contrario— respondió — todos han sido muy buenos conmigo.

—Entonces, ¿por qué te marchas?, le pregunté sin entender.

Sonrió con entusiasmo y dijo:

—Es que voy tras un ideal. Quiero gastar mi vida en algo grande, que realmente valga la pena”.

Años después la encontré a la salida de Misa y le pregunté:

— ¿Valió la pena?

Estaba radiante y respondió emocionada:

—Lo haría mil veces más si volviese a nacer. Siempre vale la pena vivir para Dios.

La respuesta ahora es evidente. Debemos ser la luz que ilumine a los demás. Mostrarles el camino para llevarlos a ti.

Pero, somos una vela débil, tenue, ¿cómo lograr que vuelva a brillar?

Es muy fácil: recupera la gracia.

Ten vida de oración. Haz buenas obras.

Vive en Mí... y Yo seré tu luz.

MI PAPÁ

En agosto de 1985 me telefonearon al trabajo. Era una llamada urgente.
— Su papá está en el Hospital — me dijeron —. Es algo muy serio.

Recuerdo que me dirigí hacia allá y cuando llegué lo encontré saliendo, acostado en una camilla, de un cuarto de observaciones. Se aferró a mi brazo.

— ¡Estoy muy mal! — exclamó, mirándome angustiado.
— Será lo que Dios quiera — le respondí, y pasé mi mano sobre su frente —. Todo queda en sus manos amorosas. No te preocupes. Dios hará siempre lo que es mejor para nosotros.

Su enfermedad se agravó y me vi en la necesidad de decirle a mi mamá:
— Es probable que muera hoy, pregúntale si desea que llames a un Rabino (porque era hebreo) o a un sacerdote.

Al rato salió mi mamá y me dijo:
— Un sacerdote.
Como pude busqué uno y le explicamos la situación. Entró a conversar con mi papá. Salió de la habitación y nos dijo:
— Se quiere bautizar.
Yo fui el padrino, mi madre la madrina. Luego de recibir el sacramento, se quedó plácidamente dormido.
El médico telefoneó en ese momento y una de las enfermeras me avisó.

— ¿Cómo sigue tu papá? — preguntó.
— Se quedó dormido.
— ¡Cómo! — exclamó el doctor alarmado — ¡No puede ser! ¡Lleva tres días sin dormir y le he inyectado suficientes medicamentos como para dormir a un elefante! ¡Mejor voy para allá!

— Es que se bautizó, doctor.
— Ahhhh... — suspiró — Esos son campos en los que nosotros no tenemos injerencia.

Me pidió que le pasara a la enfermera de turno y conversó largo con ella.
— ¿Qué le dijo el doctor? — le pregunté al rato.
— Que lo dejara dormir — respondió.

Lo llevaron al despertar al cuarto de Cuidados Intensivos. De este lugar escuchabas salir cantos religiosos, de alabanza a Dios. Era la voz ronca de mi papá, acompañado en este coro angelical por las voces de las enfermeras.

Dios lo había transformado. Le había devuelto la Paz en el corazón. Sabía ahora, con certeza, que ocurriera lo que fuera, Dios estaba a su lado, con él, en él, y que nunca lo dejaría.

Mi papá vivió seis años más, para dar gloria a Dios, con la comunión diaria, el ayuno, la oración fervorosa, y su ejemplo, que a todos nos fortaleció.

EL DÍA QUE MURIÓ MI PAPÁ

Es difícil consolar una persona que ha perdido un familiar cercano.

Imagino al buen Dios transitando por la tierra, buscando almas que adornen el Paraíso y les digo: “A veces Dios baja a la tierra, cosecha los frutos maduros y se los lleva al cielo”.

Hoy me tocó conversar con un amigo que perdió a su padre y rememoré el día que mi papá se fue al cielo. Siendo hebreo, con una familia de mucha tradición, se había convertido al Catolicismo.

Recuerdo la llamada telefónica y nuestro viaje al hospital. Verlo en ese estado era muy doloroso. El sacerdote llegó y le dio la unción de los enfermos.

Yo me encontraba desbastado y le pregunté:
—Padre, ¿podríamos comulgar los presentes?

Traía con él algunas hostias consagradas y nos dio la comunión.

En ese instante todo cambió. Fue como si la habitación se iluminara y la tristeza se trastocara en alegría. Una fortaleza insospechada me invadió.

Me senté al lado de mi papá y tomé su mano.

—Lo haremos juntos, le dije.

Abrí un librito de salmos que tanto le gustaba y empecé a leerle los que tenía subrayados.

Él estaba en coma y nos habían dicho que no podría escucharnos. Pero dos lágrimas corrieron de sus ojos y supe que me oía. “Sé que me escuchas”, le dije, “no te preocupes por nada”.

Rezamos, hablamos, siempre sosteniendo su mano.

Sabía que se estaba marchando y lo abracé con fuerza. Quería que supiera que no estaba solo. De pronto fue como una vela que se apaga. Suavemente dejó de respirar.

Una enfermera entró, le revisó el pulso y nos dijo:
—Ya ocurrió.

Nos pusimos de pie y rezamos un Padre Nuestro. Me coloqué junto a su cabecera y

pensé: “Nunca más podré darle un beso”. Así que besé su frente largamente y guardé aquél beso en mi memoria. Luego me marché.

En el pasillo una señora compungida se me acercó y me dijo:

—Cuánto lo lamento.

—Yo no— le dije.

—Eres un bicho raro— expresó sorprendida.

Entonces le expliqué:

—Lo voy a extrañar, pero estoy feliz porque logró llegar a la meta. Está en el cielo.

La verdad es que me hace falta. Un padre a nuestro lado siempre hace falta.

Cuando pienso en él, recuerdo aquél beso de despedida y me conforto sabiendo que Dios estuvo con nosotros, que pude hacer algo por él... estar a su lado, tenerle de la mano, consolarlo cuando más lo necesitó.

ES HORA

Dios es maravilloso. Es el padre que corre en busca del hijo pródigo para abrazarlo, llenarlo de besos, darle nuevas vestiduras. No estás solo(a).

Nada te turbe.

Creo que es hora de dejar atrás ese resentimiento con Dios.

Nada te espante.

Sabes, una buena confesión sacramental sería un paso ideal, un primer paso para que te acerques a Dios. Limpia tu alma y lo invitas a morar en ti.

Amigo mío que se han confesado después de años me han contado la experiencia que tuvieron.

Casi todos dicen lo mismo. Se acercaron al confesionario con un saco muy pesado sobre sus espaldas.

Entraron encorvados, adoloridos y salieron renovados, livianos, libres de ese molesto pecado que tanto les entristecía.

Una buena confesión sana tanto como perdonar. Lo sé, lo he visto una y otra vez. Por eso en mis libros siempre escribo de ello. Nunca termino de sorprenderme.

SÓLO DIOS BASTA

Seguro lo notaste. A lo largo del libro te he copiado esta frase de santa Teresa: “*Sólo Dios basta*”.

Yo vivo de la Providencia, de mis libros. Dios y mi familia llenan mis días. Dios se hace presente cada vez con más fuerza y llena mi alma con un gozo tan grande que no sabría explicártelo. A Dios hay que experimentarlo.

Las palabras nunca serán suficientes para describir tanta bondad.

Es algo que vivo y siento. Dios ha transformado mi vida, me ha llenado de esperanza, ha colmado mis ilusiones. Si buscas respuestas, las encontrarás en el Amor insondable de Dios.

Dios calmará tu dolor, su presencia amorosa será un bálsamo para tu alma. Con Dios lo tendrás todo.

Las vivencias que he tenido con Dios me han movido a la ternura. He comprobado que *todas las promesas del Evangelio se cumplen*, que estamos llamados a la santidad y somos hijos muy amados de Dios.

Él te ama. ***Dios te ama inmensamente...***
Desde una eternidad.

Eres especial, único(a).

LO QUE APRENDÍ

Los que estuvimos presentes aquella tarde en ese cuarto de hospital, no pudimos dejar de percibir esa presencia sobrenatural de Dios. Era una paz y una serenidad que todo lo envolvía y lo llenaba.

La experiencia de nuestro ser querido, con su vida y su enfermedad me enseñó tres lecciones inolvidables.

1) La vida es un viaje extraordinario.

Es un regalo, un Don que Dios nos da, la oportunidad de ganarnos el cielo prometido.

Ella supo darle sentido a cada día.

Vivió a plenitud, amándonos a todos, perdonándolo todo, con la certeza del cielo, del amor de Dios, un Dios bueno, Un Dios Padre.

2) Aprendí que es verdad lo que decía santa Teresa de Jesús:

“¿Ves la gloria del mundo?

Es gloria vana.

Nada tiene de estable.

Todo se pasa.

Aspira a lo celeste

que siempre dura.

Siendo Dios tu tesoro

nada te falta.

Y aunque lo pierdas todo...

Sólo Dios basta”.

3) Lo tercero que aprendí es que somos como frutos, que maduramos para Dios. Cada día Dios baja a la tierra y cosecha los mejores frutos, los más bellos, los más dulces y se los lleva con Él al Paraíso. Esa tarde, pasó por el hospital y vio el fruto más hermoso de todos y lo llevó consigo.

Esta dolorosa experiencia me enseñó la más importante de todas las lecciones:

“Debemos amar, dar frutos de eternidad”. Y sobre todas las cosas: “Debemos confiar, porque Dios, nuestro Padre, todo lo hace bien”.

*Ánimo, **no tengas miedo,**
no dudes, no te inquietes.*

Dios va contigo.

*Confía. Todo saldrá bien.
Tienes una maravillosa
eternidad por delante.*

POR QUÉ ESTE LIBRO

Cada vez que empiezo a escribir un nuevo libro, le pido al buen Dios dos favores:

- 1) Que convierta mi trabajo en oración.
- 2) Que toque los corazones de sus lectores.

Mi trabajo consiste únicamente en escribir. Lo importante, lo verdaderamente importante lo hace el buen Dios.

Éste libro en particular es uno de los que más me ha costado escribir. Tuve que pasar por una pérdida dolorosa. Vi a un ángel partir al cielo, un alma pura. Con esa sensación de incredulidad, cuando te parece “imposible” que algo como esto haya ocurrido, escribí estas palabras.

Siempre he pensado que debemos llenarnos de Dios, para poder llevarlo a los demás. Debemos ser como un espejo en el que se reflejan su amor y su Misericordia. Conociendo mi debilidad como ser humano, procuro ir a la Misa diaria. En ella encuentro la fortaleza que necesito para cada día. Me encantan las homilias de los sacerdotes porque de ellos aprendes una cantidad de cosas sorprendentes.

Al terminar la misa de hoy se me acerca una señora y me pregunta si soy el que escribe los libros de espiritualidad. Le respondí: “Sólo escribo”.

Señalé una gran cruz que cuelga de una pared en la iglesia: “Pero todo lo hace Él”.

Me encanta saber que sólo tengo que escribir. El resto le corresponde al buen Jesús. Y lo hace de maravilla.

Unos meses atrás me encontraba en un evento de la Iglesia y de pronto me preguntan: “Usted es Claudio de Castro, ¿verdad?” Asentí con la cabeza y sonreí.

“Hace como 6 meses me encontraba en el Santuario Nacional del Corazón de María. Entré a la capilla del Santísimo a Rezar. Le pedí a Dios que me permitiera perdonar a una persona, porque yo no podía perdónalo.

“Muéstrame el Camino”, le dije. Salí de allí con lágrimas en los ojos.

En el pasillo, estaba usted con su mesita de libros. Pasé a su lado y usted me obsequió un libro. Se titulaba: “El Camino del Perdón”. Quiero que sepa que no he parado de llorar emocionada desde que empecé a leerlo hasta que terminé. He podido perdonar. Y quería agradecerle”.

“Yo sólo escribo. Debes agradecer al buen Jesús que le mostró el camino”, le respondí.

Me dejó emocionado agradecido con el buen Dios que siempre nos sorprende con estas alegrías.

EL AUTOR

Soy [Claudio de Castro](#), autor de libros como: [“¿Por qué a mí?”](#), [“Sanados por la Eucaristía”](#) y [“Cómo superar los momentos de Dolor”](#), obras que llevan más de 20 ediciones dispersos en 15 países. Mi primer libro lo escribí a los 18 años, en ese tiempo soñaba con ser un escritor. Actualmente es mi oficio, me dedico a escribir.

He publicado numerosos libros católicos de auto ayuda, vida en familia y vida interior. Me encanta leer y escribir. Sobre todo disfruto mucho la presencia de Dios. Me siento como un niño pequeño que va seguro por la vida de la mano de su padre. No hay forma humana de explicar esta maravillosa experiencia. Tienes que vivirla.

Estoy casado desde hace 30 años. Mi esposa se llama Vida y tenemos 4 hijos. Yo desordenado, mi esposa extremadamente ordenada. Supongo que es un don que tienen todas las esposas.

“Las llaves de mi auto, ¿dónde están?”

“Donde las dejaste ayer”, me responde Vida.

Las esposas siempre tienen una respuesta para todo.

He aprendido a reconocer en la mujer una fortaleza única y singular, una inteligencia y dones admirables, una ternura y capacidad de perdón, que sobrepasa todo nuestro entendimiento. Y he aprendido que si confías en Dios, te irá bien. Él es la respuesta a nuestras inquietudes. Por eso mis prioridades son sencillas; Dios, mi familia y mi trabajo .

Querido(a) Lector(a):

Gracias por permitirme compartir contigo mi experiencia.

Necesitaba contarla, ser escuchado.

Quería desahogar mi alma.

Sentía en mí la necesidad urgente de hablar de Dios
. Decirte que Él te ama.

Y vales mucho ante sus ojos.

Él es tierno y bueno.

Sobre todas las cosas, Dios es un Padre, tu Padre y el
mío.

*Todos somos sus hijos
y debemos vivir como hermanos.*

Espero que este libro te haya servido de consuelo en
estos momentos de dolor.

UN ESCRITOR CATÓLICO

Nací el 3 de julio de 1957, en Colón, una ciudad costera al este de Panamá. Teníamos el mar cercano y al salir del colegio solía ir a pescar con mis hermanos.

Mis padres escogieron para mí el Colegio Paulino de San José, que dirigían las monjas franciscanas. A esta edad, me siento agradecido por aquella decisión. Nos enseñaron a amar a Jesús presente en la hostia Santa, el respeto y cariño a los sacerdotes, a vivir la santa misa, y comprender lo importante que es la oración.

Me encantaban aquellas tardes de verano cuando nos sentábamos en silencio para escuchar las historias que nos contaban las hermanas, sobre la vida de los santos. Yo me sentía uno más con ellos y anhelaba ser santo también.

Mi mejor amigo, vivía enfrente de mi casa. Era Jesús. Allí estaba, en el sagrario de un pequeño convento de las Siervas de María. Solía cruzar temprano para estar con Él antes de irme al colegio.

La vida, quién la comprende, da muchas vueltas y siempre nos trae sorpresas. En esos días de Colón, escuchando a las monjitas franciscanas, quise ser santo. Fue un sueño que brotó en mi alma infantil, como una semilla que germina.

La verdad es que dejé de cuidar esa plantita y anduvo medio seca bastante tiempo (algo deteriorada).

A los años me di cuenta que esa planta era un regalo. Había que cuidarla, abonarla, regarla por las tardes, cuando no pegaba el sol y yo no lo hice.

La santidad es algo por lo que vale la pena preocuparse. Descubrirlo fue todo un acontecimiento que marcó mi vida. Los años transcurrieron y de pronto, un día me encontré atravesando una gran dificultad.

Cuando las crisis te envuelven es como si se detuviera el tiempo. Parece que te has parado frente a un cruce de caminos y debes elegir qué ruta tomar. La que escojas, cambiará tu vida.

Tenía dos opciones muy claras, confiar en la Providencia, abandonarme en las manos de Dios o desesperarme y llenarme de angustia. Elegí confiar. Después de todo, Jesús nunca me había dado motivos para desconfiar.

Estuve sin trabajo y no sabía qué hacer. Como nadie me contrataba, decidí hacer algo diferente. Una mañana de verano fui a un oratorio cercano a mi casa. Entré a la capilla donde custodian el Sagrario y le dije a Jesús: "Nadie me da trabajo. ¿Me contratarías Tú?"

Ocurrió algo inesperado. Me pareció escuchar una dulce voz interior que al segundo

respondía:

"Trabajarás para mí".

Me marché muy consolado sin tener idea de lo que haría, pero iba feliz sabiendo que tenía el mejor patrón del mundo, uno que paga mil por uno y no se cansa de dar, amar y perdonar.

A los días asistí al Focolar en Panamá, para ver unos videos de Chiara Lubich, su fundadora. Dijo unas palabras que me marcaron: "Donde quiera que vayan, hablen de Dios, escriban de Dios, no se cansen de hacerlo. Que Dios vuelva a estar de moda".

Desde ese momento pensé que escribir era el camino. En esos días una voz interior me urgía: "Escribe, Deben saber que los amo".

Desde entonces no he parado. Llevo más de 60 libros. La mayoría con 20 ediciones continuas y presentes en librerías de países como España, Estados Unidos, Colombia, Nicaragua, Costa Rica, República Dominicana, Bolivia, Argentina, El Salvador, Brasil... Y ahora en Guatemala.

No dejo de maravillarme por la bondad de Dios.

¿Cómo ha sido esto posible? Tengo una teoría. Creo que Dios a todos da en la medida de nuestra confianza. Si confías mucho, recibes muchos, si confías poco, recibes poco. Hay otra clave. La descubrí en la santa Biblia: "Si permanecen en mí y mis palabras permanecen en ustedes, pidan lo que quieran, y se les concederá" (Jn 15,7).

A menudo me da por recordar aquella vez que decidí dejar de escribir estas vivencias. Pensé que no valía la pena. ¿Quién le prestaría atención? ¿Para qué perder el tiempo?

A veces llega el desánimo y uno se cuestiona tantas cosas.

Fue una tarde de marzo. Mi esposa me llamó para que fuera a buscarla. Estaba en el supermercado. Ese día todo cambió. Le había dicho a Dios: "Dame una señal. ¿Quieres que escriba?"

Cuando estacioné el auto y me bajé, una señora, que salía del supermercado me preguntó: "Disculpe, ¿usted es Claudio de Castro?" Asentí con la cabeza y añadió: "¿Por qué no está escribiendo? Debe hacerlo".

Sonreí pensando en la bondad de Dios. Entré al supermercado y en uno de los pasillos otra señora me abordó: "Perdone, hace rato que no leo algo suyo. ¿Está escribiendo? No deje de hacerlo". "Mensaje recibido", respondí sonriendo, sin que ella comprendiera mi respuesta.

Por fin encontré a mi esposa Vida. Conversaba con una prima. Cuando me acerqué, su prima me dijo: "Debo decirte algo importante..." Jocosamente respondí: "Mensaje recibido". Y le expliqué. Quedó tan impresionada como yo.

Desde aquella tarde no he dejado de escribir. Fundé una Editorial Católica, Ediciones Anab / y una librería virtual.

Hay que escucha la voz de Dios. Procurar hacer lo que nos pide. Si lo haces, tu vida va a mejorar radicalmente. Te lo puedo asegurar. No es algo que he leído ni me lo han contado. Lo vivo cada día.

Dios no se deja ganar por nadie en generosidad.

En esta foto estoy con mi esposa Vida y de fondo algunos de los libros que hemos publicado para ti.

<https://www.amazon.com/author/clauidecastro>

Index

VENGAN YA...	6
¿QUÉ QUIERES DE MÍ, SEÑOR?	9
¿POR QUÉ A MÍ?	12
EL SUFRIMIENTO	15
¿HAY ALGO MÁS?	18
LA MIRADA DEL CIELO	21
MANTENTE OCUPADO	24
REZA	26
¿QUÉ SOMOS?	29
LOS LETREROS	32
EN EL SAGRARIO	34
DIOS ESPERA MUCHO DE TI	37
EL TESORO	39
¿POR QUÉ TEMER?	42
EL ENTIERRO	44
MI DISGUSTO CON DIOS	47
UNA PEQUEÑA ORACIÓN	49
EL CIELO	52
CERTEZA DEL CIELO	55
LOS NIÑOS SON PARA JUGAR	58
DIOS ES BUENO	60
¿QUÉ TE INQUIETA?	63
LA ENTREVISTA	66
REFLEXIONES	68
LAS PALABRAS IMPORTANTES	72
LA MIRADA DE JESÚS	75
LOS PLANES DE DIOS	77
¿POR QUÉ SUFRIMOS?	79

UN ENCUENTRO CON DIOS	82
LA PAZ DE DIOS	84
¿QUÉ DEBO HACER?	86
¿HASTA CUÁNDO?	89
EN LA CRUZ	92
MI PAPÁ	97
EL DÍA QUE MURIÓ MI PAPÁ	100
ES HORA	103
SÓLO DIOS BASTA	105
LO QUE APRENDÍ	107
POR QUÉ ESTE LIBRO	111
EL AUTOR	114
UN ESCRITOR CATÓLICO	117